

De lectura varia

Víctor MORENO *

¿Leer, más individual que escribir?

En la novela oulipista de Italo Calvino, *Si una noche de invierno un viajero*, (Bruguera 1983) se afirma que la lectura es «necesariamente individual, mucho más que escribir».

¿Qué decir? Pues que es una frase, en verdad, bastante enigmática. E interesante, porque, para poder entenderla, tenemos que comentarla. ¿Qué quiere decir, qué sugiere?

En principio, diré que me molesta la dimensión cuantitativa que recoge el «mucho más» y el carácter inexcusable del «necesariamente». Demasiados adverbios para una frase tan corta. Al margen de estos detalles estilísticos, ¿qué deduzco de ella? ¿Que la lectura empieza y termina en uno mismo, mientras que la escritura nos proyecta hacia los otros? ¿Que la lectura es verbo reflexivo y la escritura transitivo? Bueno, ¿y qué obtengo yo de semejante caracterización? ¿Que el plato de la lectura me lo guiso y me lo como personalmente, de forma exclusiva y excluyente, y que la escritura, por el contrario, es cosa de dos, de tres y de cuatro personas más? ¿Y?

Tal vez se quiera sugerir que el acto de leer y de escribir pueden convertirse en una posibilidad de afirmar la propia individualidad, aunque mucho más leyendo que escribiendo. Es posible. Ahora bien: ¿Cómo se afirma la propia individualidad leyendo? ¿Y escribiendo? Supongo que estará en relación directa con lo que cada persona entienda por «desarrollo de la individualidad» y por la importancia que conceda a la existencia de los demás como fundamento de la propia existencia personal. ¿Somos en la medida en que los demás nos tienen en consideración?

¿Son más individuos los que leen que los que escriben? Y si uno lee mucho, ¿no caerá en una hipertrofia de su individualidad? ¿Quiénes son más individualistas, los lectores o los escritores? ¿Quiénes más solidarios, los que escriben sonetos o los que los leen? ¿Lo que se gana en individualidad leyendo se perderá escribiendo?

Leer y escribir siempre me parecieron dos actos individuales, ni mejores ni peores que ver televisión o emborracharse los jueves de cada semana. Leer y escribir son dos maneras distintas —en algunos casos, complementarias; como ver tele y beber—, de pasar el rato de la vida. Saber que leer es más individual que escribir, no me produce ningún consuelo ni conocimiento especial sobre los entresijos de la lectura y su relación con la escritura, vaso comunicante de aquélla, cuando lo es.

105

Quizás la sugerencia psicológica de Calvino tenga, por el contrario, alguna implicación de carácter pedagógico y procedimental. El silogismo podría ser el siguiente. Si la lectura es más individual que escribir, y dado que los niños y niñas si algo no desean es ser individuos, sino compañeros, amigos, camaradas, lo lógico sería potenciar en las aulas mucho más la escritura que la lectura.

El hecho de que la escritura sea un acto transitivo mucho más que leer, parece, en buena lógica productivista infantil, primar más la primera que la segunda. Es decir, sería mucho más conveniente fundamentar la motivación y la afición a la lectura a través de la escritura, que hacerlo al revés.

Dicho en eslogan: «A la lectura, por la escritura». Pues la escritura coloca a la infancia en relación directa e inmediata con los demás, ya que, se supone, el acto de escribir es más social que leer.

En la lectura el individuo se enajena específicamente en su problemática individual, personal; en la escritura, por el contrario, el individuo traspasa esa barrera psicológica y se ve obligado a introducirse en el pensamiento y en el sentimiento de los otros, sean personajes o posibles lectores. Escribir nos obliga a salir del propio ensimismamiento. La escritura rompe las barreras del egocentrismo. Por el contrario, la lectura los alimenta. La escritura cultiva el nosotros; mientras que la lectura engorda el ego. En la escritura inventamos historias y personajes para que éstos vivan su propia vida; en la lectura, leemos para leer nuestra propia vida. En la escritura consideramos la problemática de los demás para narrarla; en la escritura, los *únicos* problemas son los del lector que coteja con los de los héroes. La escritura empieza en uno y termina en los otros. La lectura empieza y termina en uno mismo. ¿Cierto? ¿Falso? Al menos curioso, porque hasta la fecha si en algo se había hecho hincapié es que la lectura era mucho más «socializante» que la propia escritura.

106

Escuchar y leer

Entre escuchar y leer, I. Calvino opta por lo segundo, porque dice que «escuchar a alguien que lee en voz alta es muy distinto de leer en silencio. Cuando lees, puedes pararte o saltarte frases; el ritmo eres tú quien lo decides. Cuando lee el otro es difícil hacer coincidir tu atención con el ritmo de su lectura: la voz va o demasiado rápida o demasiado despacio».

Escuchar nos pone en relación con los otros; desplaza nuestro punto de vista hacia los demás. Escuchar es más social que leer, que sigue perteneciendo al reducto de lo individual. Si uno lee, si uno sigue sus propios ritmos, se despista menos. Y si lo hace, puede volver sobre sus pasos, cosa que no sucede en el acto de escuchar. Este requiere más atención y, por lo tanto, más tensión. Te obliga a salir de ti mismo y a conocer otros ritmos, distintos a los propios.

Puede que los sentimientos, incluso los pensamientos, del lector y del oyente se parezcan o sean idénticos. Puede, acaso, que necesariamente haya que nombrarlos con los mismos tér-

minos, con las mismas metáforas. Sin embargo, poco o casi nada, tienen en común: quien escucha se sumerge en un trance, se encadena al flujo oral del narrador. El lector, en cambio, puede examinar detenidamente, volver atrás, reparar en detalles, comparar, aventurar hipótesis, objeciones varias. Ya se sabe que la deconstrucción se inventó en Yale, pero se venía practicando desde que se inventó la letra impresa.

Hay personas que no quieren que les lean nunca, pero les encanta leer a los demás lo que ellos escriben. Son sordos a la tonalidad de los otros. Escuchar resulta siempre mucho más complicado que leer para uno mismo. Siempre lo ha sido. Oír es fácil, porque es involuntario. No exige decisión alguna de la voluntad. Basta con poner la oreja. Escuchar es resultado de una educación cívica. Es raro que quien no tiene en cuenta a los otros, escuche. Y menos aún si no nos gusta ni lo que dice, ni cómo lo dice.

Por eso, leer en voz alta en el aula es una tarea necesaria y difícil. Necesaria porque nos somete a la disciplina de saber escuchar. Difícil porque nos obliga a mantenernos en tensión, siempre pendientes del ritmo del otro. Escuchar es tener en cuenta al otro. Escuchar cómo leen los demás es un opaco o brillante ejercicio de paciencia y de humildad. La voz de los demás es distinta a la propia. A través de ella intercambiamos más de lo que suponemos y, a veces, menos de lo que sospechamos.

Sobre este aspecto, leer en voz alta, cabría recordar aquello que decía Borges; «Yo creo que si uno está leyendo silenciosamente, y llega a un pasaje elocuente, ese pasaje lo conmueve a uno; y uno tiende a leerlo ven voz alta (...) Yo creo que un pasaje bien escrito obliga a la lectura en voz alta» (Jorge Luis Borges-Osvaldo Ferrari, *Diálogos*, Seix-Barral, Barcelona 1992). La indicación no es nueva. Ya Hermann Hesse lo había advertido: «Sorprendentemente el efecto de muchos libros aumenta cuando son leídos en voz alta. Pero eso sólo es válido para poesías, relatos breves, ensayos cortos de forma depurada y obras parecidas. Leyendo bien en voz alta se puede aprender mucho, sobre todo se agudiza el sentido del ritmo de la prosa, base de todo estilo personal» (*Escritos literarios*, Tomo 1, Alianza Tres, Madrid, 1983).

Todo lo cual no invalida la consideración de que, a veces, ni merece la pena leer ni escuchar, ni siquiera oír a los otros. Bastante tiene la propia caja de resonancias con soportar los personales ruidos.